

fica. Allá está siempre, eterno, indestructible, el ser del agua. Y si un día la gota regresa al Océano, sólo con disolverse en él es ya el océano mismo. Dejó ya de haber diferencia entre la gota y el océano, porque lo permanente, que es el ser del agua, hallábase lo mismo en el océano que en la gota. Océano y gota son agua; y esta condición que, para uno y otra, es la existencia, no puede aumentar ni disminuir, y es exactamente lo mismo en la gota y en el océano. Así la existencia del océano cabe en la gota, y la existencia de la humanidad cabe en el hombre.

Así, también, se adquiere la serenidad y el conocimiento.

Yo nunca he leído ni oído nada referente a los griegos, pero sé lo que pensaron, porque están en mí, como están todos los hombres. Podrá ser que yo enuncie defectuosamente sus fórmulas o que pronuncie mal algunas de sus palabras. Esto es consecuencia del ser carnal que me sirve de vehículo. Un inventor de locomotoras puede verse constreñido a viajar en la más defectuosa carreta, y poseyendo la ciencia de la velocidad, sufrir materialmente la torpeza de la marcha.

Pero el arte de la contemplación reporta asimismo un progreso material.

Con soportar la intemperie sobre esta roca, he llegado a dominar los elementos. Y ellos me son ya indiferentes. Pero así, está usted pensando, se suprime el progreso. ¿Y cuál es el objeto del progreso, sino evitar el dolor? Toda construcción humana es una perfección de la guarida o del sendero. El temor a la inclemencia de las estaciones, y el bienestar que resulta de evitarlas, son los motivos de toda arquitectura, de todo vestido, de toda propiedad. Yo he resuelto el problema, sin las desazones que apareja la adquisición de esos bienes. Para mí no existe la inclemencia de los elementos; y en cambio, como no los evito encerrándome o limitándome, gozo la plenitud de su belleza reflejada en mi propia serenidad.

Ello me cuesta un esfuerzo de veinte años. ¿Pero, se emplea, acaso, menos tiempo en adquirir lo que los hombres consideran necesario para vivir tranquilos? Y después, lo que yo he conseguido, ya no puedo perderlo. Es mío en mí, no fuera de mí; y como a nadie le serviría si me lo quitara, nadie, tampoco, lo codicia. La paz que así he conquistado, beneficia a todos porque no perturba a ninguno. El bienestar que consiste en la posesión de bienes materiales, mortifica, siempre, a algún semejante. Poseer es desalojar. Poseerse: he aquí la única verdadera fortuna.

Y el otro afán es comunicarse materialmente los hombres.

En vano la historia les enseña que a toda aceleración de comunicaciones sucede una guerra espantosa. La comunicación es el origen de la esclavitud. Por esto, la verdadera libertad, únicamente en la soledad prospera. ¿A qué comunicarse con los vivientes? Ellos no son otra cosa que nuestra misma sombra muchas veces reflejada. El camino de la eternidad es el único que valga la pena emprender, porque no termina. Todos los otros no hacen sino describir el círculo vicioso de la nada. Y la eternidad no tiene sino una puerta para el viviente: la meditación con que se pone a habitar deliciosamente su soledad interna. Porque no lo hacen, los hombres tienen que vivir huyendo cada uno de sí mismo. No pueden soportar el miedo de aquella tumba abierta que es su ámbito inte-

podría causar daño a nadie su aplicación? Bajo su verdadero sentido, la justicia es la distribución del bien. Allá donde ella castiga, es decir, donde hace mal al que hizo mal, aumenta el mal repitiéndolo. Creer que del mal puede salir el bien, es, precisamente, la razón del crimen. Toda falta ajena es reproducción idéntica o equivalente de una falta propia. Por esto, quien perdona a su semejante, a sí mismo se compadece. Dilatar la conciencia en la meditación, engendra, pues, el bien; que, tal como sucede con la belleza y con la verdad, es un estado de serenidad perfecta. Toda pena y todo defecto tienen su origen en la inquietud. Cuando uno se sumerge en su propio ser, es como un lago que recobra la calma. El cielo desciende a nuestro ámbito y lo llena, y la transparencia interna se vuelve luz. Entonces nuestra alma nos desborda como una claridad sin límites; y percibimos en su seno nuestro propio ser material como un guijarrillo insípido.

Tal es el sendero de la meditación. El arte de mirarse el ombligo, como dice usted, vale, pues, tanto como cualquier otro, desde que conduce a las cimas del espíritu. ¿Y sabe usted por qué los solitarios preferimos fijar nuestra atención sobre ese punto de nuestro vientre? Porque ahí queda, no siempre inactivo del todo, el rudimento del órgano natal que constituye, materialmente hablando, la cadena de las generaciones. Esa es nuestra raíz...

Pero, lo que en este momento, piensa usted sobre tales meditaciones, es exacto. La humanidad perecería si emprendiera en masa semejante camino. En cambio, aquellos que lo adoptan son tan pocos, que su abstención resulta insignificante. La libertad, la verdad, la belleza, el bien, no son cosas asequibles para la multitud, ni le interesan, ni la harían feliz. Lo que ella busca y le basta, no es más que un poco de esperanza y de quimera...

Así fué cómo Walter Freeman halló por primera vez un hombre distinto.

LEOPOLDO LUGONES.

(*La Nación*, Buenos Aires).

### Para Salvador Umaña y Sra.

Como en el rosal la rosa  
y como en el cielo el sol,  
así en vuestro hogar dichoso  
Jorge Eduardo apareció.

¡Ya tenéis vida en más vida  
y más amor en amor,  
y en las sonrisas del niño  
la fiesta del corazón!

CARLOS LUIS SÁENZ.

Noviembre, 1923.

(*Con motivo del nacimiento del primogénito*).

**“Pegaso”**

Montevideo-Uruguay

---

Es la única revista nacional  
de letras que se publica en el  
Uruguay.

---

San Salvador 2309  
Montevideo

rior, y por esto se reúnen. El hombre lleno de sí mismo es el único que, en su soledad, nunca está solo. No se teme ni se huye. El ser de la humanidad está en él como en la gota el ser del agua.

Así es como se anda para adentro, hacia la eternidad, o mejor dicho, en la eternidad; y cómo, además del conocimiento y de la belleza, se adquiere, con la exacta noción del bien, su práctica, que es la dicha suprema. Porque al descubrir uno en sí mismo el panorama de la eternidad, halla que, así como las paralelas de la geometría euclidiana se encuentran en el infinito, el bien y el mal coinciden en un solo punto evanescente, que es la conciencia humana, disuelta como la gota que al océano rodó, en el abismo de las causas desconocidas. Y de esta suerte la noción del bien formula el perdón sin límites. Toda relación con los seres es un acto de simpatía. Nuestro seno acoge con la misma solicitud a la flor que lo perfuma y a la víbora que lo muerde. Perdonar es amar sin egoísmo: amar verdaderamente, porque lo otro no es amor, sino deseo. Usted, con sus ideas cristianas, me dirá que, así, no hay justicia; pero, si la justicia es el primero de los bienes humanos, ¿cómo